

La Sábana de Turín: (crónica apresurada)

Padre Pedro José Ynaraja

Viajaba sin compañía en un avión poco ocupado, el día anterior no había podido hacerlo por no llevar conmigo la documentación personal que me identificase, pérdida de tiempo, nuevo pasaje, esperando que a la llegada a Turín el bus y el camino posterior a pie, me fueran propicios, me encontrara con los compañeros que eran portadores del ticket de entrada y pudiera finalmente contemplar la Sábana Santa.

LAS PRIMERAS NOTICIAS

Recuerdo perfectamente las primeras noticias que tuve de ella. Practicaba Ejercicios Espirituales ignacianos, en pleno retiro y silencio absoluto. El buen jesuita, tal vez para salpicar con algo interesante, que no desdecía el sentido de aquel retiro, nos habló de ella. Esto era en la década de los cincuenta y la interpretación que se le daba por entonces a la imagen, era que se había formado como consecuencia de reacciones químicas entre el cuerpo y el tejido impregnado de sustancias vegetales aromáticas. Fue muy atrayente aquella plática, la recuerdo con detalle.

He leído mucho desde entonces sobre el tema. Artículos y un montón de libros que conservo. He visto Power points y DVDs al respecto. Estoy enterado al día. ¿Por qué no había ido a verla, siendo así que en el Santo Sepulcro había estado más de 25 veces? Decía, me decía y repetía, que la santa pieza era una demostración científica de la Resurrección. Semejante a una fotografía, cuya impresión era un enigma, había aparecido en el momento de la Resurrección del Señor. La Fe, advertía y me reafirmaba, era un misterio, un riesgo. Por eso a Abraham se le reputó como justicia (Ro 4,3) y esperaba que a mí también se me acreditase como tal, por pura gracia. Pero llegó un día, se me presentó providencialmente la ocasión, que pensé que interesado como estaba siempre por todo lo científico, no era honrado que me desentendiese y dejase de ver, la prueba que no dudaba era auténtica. Iba, pues, por pura coherencia humana, sin esperar sentir emoción religiosa, ni fervor personal, ni favor gratuito.

TURÍN

Vuelvo al inicio, situado en tierras italianas, Turín concretamente. Llegado al centro de la población, lo que en el plano de papel que tenía era una pequeña distancia, en la realidad fue casi una hora de camino andando. Por la población no vi ni un solo letrero indicador de lo que a mí había motivado el viaje. A quien preguntaba me

contestaba amablemente que continuara en la dirección que iba, que al final de la calle lo encontraría. No tenía prisa, así que hice el camino sin inquietarme, pacientemente.

Tal como me habían indicado, llegado a la plaza que era el final del trayecto, a la derecha vi la catedral y unos discretos letreros. A la izquierda, en sencillas edificaciones, se anunciaba adoración en una, confesiones en otra. Me vino a la mente la "dinámica del provisional" un día "plan director" de Taizé. Me sentí cómodo. Llegaron mis compañeros. La entrada a la catedral estaba a mí al lado, amablemente se me franqueó el paso, no sin comprobar lo que conmigo iba. En el interior dominaba la penumbra. A lo lejos el testigo que buscaba. Ahora bien, para acercarnos debíamos volver a salir y buscar la entrada que estaba a algo así como media hora de camino. Llegamos plácidamente. Advierto que nada durante el día fue precipitado, cosa que es muy significativa cuando uno va en búsqueda de realidades trascendentes.

ANTE LA SÍNDONE: 15 MINUTOS

Volvieron a comprobar nuestro equipaje y prendas u objetos metálicos que pudiéramos llevar, quienes nos lo advertían, lo hacían como si se tratase de un amigo que te explica lo que tocará hacer. Uno se sentía en casa, sin que a nadie conociera. Se iniciaba entonces el acotado camino. Cada pocos metros alguien que portaba indicación de voluntario, te saludaba con una sonrisa y respondía si era preciso con amabilidad y sin que te sintieras intruso. En la pared se exhibían grandes fotografías y leyendas al respecto de héroes de la Fe. La mayoría jóvenes. Domingo Savio, Frassati, Juan Bosco... Caminábamos lentamente, hablando, quien quisiera hacerlo, en voz baja, sin temor. Supimos, lo preguntó mi amigo, que se entraba al presbiterio de la catedral, en grupos de 110 personas y que se permanecería ante la Síndone 15 minutos. Así estaba establecido. Desde las 8 de la mañana, hasta las 8 de la tarde. Sin interrupción.

Tal era el silencio y corrección, que uno se encontraba ante la Santa Síndone sin darse cuenta de que había entrado en el "Duomo". Lo importante no era mirar, ya sabía yo que la imagen era muy tenue, que si uno quería ver detalles, era mucho mejor acudir a una fotografía. Lo importante para mí era estar, situarme en el momento en que aquella imagen apareció, contemplando con los ojos interiores, mejor los de la cara que estuvieran cerrados. Recordaba entonces a José de Arimatea, que compró un lienzo para envolver el cuerpo del Señor, cosa que, dada su categoría social, había conseguido del gobernador romano. No me identificaba ni con él, ni con Nicodemo. Tampoco con Santa María, ni con la Magdalena, ni con San Juan. Hubiera sido sacrílega suposición. Me atrevía a equipararme a la otra mujer

que había acompañado a la Virgen, situado yo también muy en segundo plano., sin saber porque estaba allí y que debía hacer... Saqué alguna foto, me advirtieron que no continuara haciéndolo. Con amabilidad y suavidad. Quería y debía hacerlo como gesto que certificara mi visita.

PIO XI, JOSÉ COTTOLENGO, JUAN BOSCO

Pero Turín no es solo la Santa Sindone, si lo fuera, nuestra visita hubiera sido sublime arqueología espiritual. Por estas tierras Aquiles Ratti escalaba el Montblanc, futuro Pio XI, marcando una vía que todavía lleva su nombre. San José Cottolengo en este país fundó su obra. San Juan Bosco, cuya biografía, leída en mis tiempos de bachiller, tanto me entusiasmó y estimuló, su querido Domingo Sabio, el primer santo reconocido fruto de su ingenio, Frassati... No había que pagar en ningún sitio, ni a ninguna persona. Todo era generosidad, amabilidad. Estaba abrumado, avergonzado. Satisfecho de la vivencia, pero notando que algo me faltaba. Dios me lo puso al alcance. Al llegar a Barcelona, pude acompañar a un matrimonio mayor que venía en el mismo avión, hasta cerca de donde debían alojarse aquella noche. Me sentí en paz conmigo mismo.

“HAMBRE DE DIOS”

Pero no del todo. Cuando volvía solo en mi coche, sentía “hambre de Dios” por decirlo de alguna manera. La visita había sido como un aperitivo espiritual, que suscitó nuevos deseos. Fue entonces cuando se me ocurrió una idea que el lector considerará estrambótica, sin que sea yo quien le contradiga. Imaginé por un momento, que si supiera que un gran astro se aproximaba a la tierra y que con seguridad al chocar con nuestro planeta lo destruiría, si entonces se me presentara la posibilidad de salvar de profanación cósmica la Sábana Santa comiéndola yo, no sentiría que había comido tejido de Cristo, sangre de sus venas, no. Me di cuenta que la visita a la Santa Sindone se completaba con la unión real sacramental. Había dormido sólo tres horas, eran las once de la noche. No podía irme a dormir sin celebrar misa. Lo hice. No se puede comparar una con otra cosa. Pero sí que sentí la satisfacción de completar el día con esta celebración en mi iglesita. Me sentí como el conejito de las leyendas centro europeas del día de Pascua. Me fui a dormir tranquilo. (continuaré)